

Seis poemas

Rafael José Díaz

La mano, el ave

La mano
toca el aire tejido: nubes
serenas en la ronda de los cielos,
lluvia de oscura paz,
el hilo ubicuo de la brisa. Allí
transporta un ave briznas de la tierra
hasta el nido celeste.

La mano
toca ahora una piedra
cubierta de musgo.
Va a empezar el invierno,
y el envés blanco
de las hojas caídas
prefigura la nieve.
Los caminos borrados de la tierra
guardan sólo memoria
de unos pasos perdidos.

La mano
sostiene en el aire la piedra
como un signo: «Aquí, ave,
te ofrezco el verde renacido
sobre la faz impermanente
de esta piedra.»

Y el ave acude
hasta la humana mano,
el ave de unidad,
sagrado vínculo
entre el cielo y la tierra,
entre la mano frágil del hombre
y el invisible rostro del dios.

La mirada

La mirada
custodia el paso frágil de una nube
sobre el cielo vacío.

Impugnación
de todo transcurrir: la nube lenta
es sólo un nombre de la luz
inextinguible.

Destello, instante, oculta
raíz en una grieta del espacio.

Crece un árbol
por el lado invisible del azul
del cielo. Ramas desplegadas
sobre el cuerpo del dios
desconocido.

La mirada, los ojos,
custodian una nube
en el saber, en la ignorancia.

El insomnio

He esperado hasta el alba. Como el niño
que va a dormir junto a su madre, ardido
en fiebre, une su rostro al rostro
que aún puede nutrirlo, y respira
el aire que otro cuerpo respira para él,
así esta noche yo, en la ignorancia
de todo amanecer, ardido
en la fiebre sin luz,
he bañado en lo oscuro la mirada
para permanecer insomne, ciego
hasta el centro del tiempo, el alba de unidad.

Día de invierno

Regreso de la nieve.

Mira la gasa límpida extenderse
sobre la herida del invierno.

De nuevo
la respiración de la rama
recuerda el crepitar de las hogueras.

El alborozo
de los niños que juegan afuera con trineos
es otro canto, y sus palabras,
que no logro entender,
se unen al arrullo de las aves
dentro del sueño, al alba.

Nieve que regresa.
La tierra cura sus heridas.

Pregunta

¿Podría un pájaro,
en la sed de sus alas desplegadas,
leer sobre la nieve el rostro de la tierra,
bajar hasta la boca
para unir el canto que sabe
al canto que no sabe, como el signo
de toda aceptación,
de todo tránsito en el ser?

El otro azul

Es otro azul, herido, el de este cielo
que no sabe del tiempo, que ha olvidado
la espiral de las aves en la aurora.
Es otro azul: herida de lo eterno.